

## **Ironía ecológica con deseo esperanzador.**

El verano había llegado con fuerza y el sol brillaba con intensidad dichosa. Era un disfrute, por lo menos para mí, a pesar de que según las normas ecológicas este calentamiento de la atmósfera se deba a la mala actuación de los seres humanos. Es obvio que nosotros sabemos muy bien destrozar lo que tenemos entre manos, pero también los animales contribuyen a ello y, además, en el correr de la existencia de la tierra, el clima ha cambiado en múltiples situaciones a su antojo y capricho haciendo desaparecer especies de seres vivos, los que llamamos animales y plantas, pero también a los llamados seres humanos. Los que consiguieron emigrar a otros lugares fueron los únicos que, en determinados momentos, subsistieron, se adaptaron al nuevo hábitat y, poco a poco, constituyeron lo que se llamó "homo sapiens". Y era "sapiens", o sea, sabio porque aprendió de los animales que con solamente yerbas no alcanzaría mucho nivel. Así que hizo lo mismo que sus entonces congéneres mamíferos: cazar. El problema es que el ser humano no estaba dotado de las peculiaridades de las otras especies y tenía que inventar instrumentos para poder sobrevivir. Y así, descubrió el fuego, el tallado de la piedra, el hierro, el cobre, y, por supuesto, a abastecerse de lo que le proporcionaba la naturaleza de su alrededor. Con estas prerrogativas comenzó a cazar animales, no con sus garras de las que carecía, sino con los artilugios que aprendía, poco a poco, a construir y a mejorar su forma de vida, sin darse cuenta de que todo progreso conlleva en sí también un retroceso.

La especie humana carecía (entonces y ahora) de piel como la de los otros mamíferos y en los inviernos se aniquilaba, así que no le quedó otro remedio que utilizar las pieles de los animales que cazaba y cuya carne le servía de alimento.

En fin, estas historias del origen de la humanidad las conoce todo el mundo, volvamos pues a mi día veraniego.

El calorcito irrumpía en mi piso y decidí abrir todas las ventanas para que se introdujera en mi vivienda. Y, de repente, un ruido estruendoso destruye mi dicha. Miré por el balcón y allí estaba el jardinero montado en un tractorcito y cortando el ridículo césped con el que tapizan los suelos de los jardines y convirtiendo estos en una plataforma tan estéril como si fuera de cemento. Me irrité y decidí dar un paseo por donde no hubiera tales ruidos. Sin embargo, nada más salir, ya estaba el segundo jardinero con la sopladora de hojas. Este aparato es, incluso, mucho más ruidoso que el anterior. Apresuré mi paso para librarme de esta tortura, pero ya estaba ahí el tercer jardinero cortando ramas de matas y arbustos... Imposible. Es imposible poder tener un día de tranquilidad, un día de los pocos días veraniegos que el cielo regala al norte de Europa. Y si estos llegan, la gente solo se lamenta de que no ha llovido lo suficiente, es decir, aquí por estos lares, no se tiene derecho a un verano como en el sur de Europa. Será así, digo yo.

Me puse a pensar sobre lo soberbio y pedante que es el ser humano. Cree que puede modelar la naturaleza a su gusto, que puede ordenarla y organizarla. Con la sopladora de hojas se matan una enorme cantidad de insectos que son necesarios para las aves y otros animalitos pequeños. El corte del césped aniquila las múltiples flores silvestres que podrían adornar nuestros jardines. También hay podas que no son necesarias, pues los bosques saben cómo apañárselas sin que nadie venga a decir de qué forma han de vivir. Pero no. El ser humano se considera superior a todo y a todos y ha de manipular, aconsejar, hacer sin preguntar y, algo más tarde, criticar todo lo que se hizo anteriormente.

El verano trascurrió, pues, como siempre, con días afortunados sin grandes ruidos y con otras cosas insoportables, pero transcurrió y llegó el otoño y, después de este, comenzaría a invadirnos el invierno. Esta vez parecía venir sin pandemia exagerada. Otra cosa ante la cual el ser humano es impotente. También lo son las otras especies de seres vivos, pero ellos no hacen tanto furor, unos mueren, otros

sobreviven y, en el peor o el mejor de los casos, se engendran nuevas especies que no combatirán los seres humanos, pero sí al contrario: ellos nos combatirán a nosotros con plagas y otras desgracias de la misma forma que destruyen también la flora de los lugares en donde caiga la plaga. A cambio, ni les remuerde la conciencia ni se echan ellos la culpa de nada, tampoco culpan a otros. Solamente el ser humano tiene la capacidad de aniquilarse a sí mismo adjudicándose la culpa por todo y, lo que es peor, de desvalorarse hasta tal punto de que es capaz de poner en peligro la supervivencia de la raza humana si, a cambio, salvan a un par de pececillos o de insectos, conscientes de que los seres humanos constituyen menos de una tercera parte de la población de seres vivos sobre la tierra. Tal vez sea una cuestión intelectual, me refiero a que consideramos que somos los seres superiores tan sólo por el desarrollo de nuestro cerebro y que eso nos capacite tanto para querer dominar la naturaleza como para acabar con nosotros mismos, aunque, en realidad, somos los seres vivos con menos condiciones de podernos adaptar a los cambios climáticos, a la rudeza de la naturaleza e, incluso, a la supervivencia ante especies más fuertes.

Hace ya unos años, surgió un movimiento -principalmente de jóvenes- que defendía la sostenibilidad. Estas personas luchan contra la destrucción de la naturaleza porque tienen miedo de su futuro en esta tierra y por eso están en contra del uso del carbón, de las centrales nucleares, también contra el consumo de productos animales, ya sea carne, queso o leche. Me pregunto si también piensan en los insectos que suelen encontrarse en las ensaladas, verduras y frutas. Porque, o bien tienen que eliminarlos con agua o comérselos, lo que en cualquier caso los matará. ¿Y qué pasa con los microbios, también seres vivos, que tenemos que combatir con medicamentos? ¿Es que no son estas pequeñas criaturas importantes tan solo porque nos producen enfermedades?

Es ciertamente un movimiento muy idealizado y, al mismo tiempo radicalista en el que no se quiere poner en juego la "propia libertad humana", no obstante, luchan por la legalización del aborto como si el feto de un ser humano no tuviera vida. Tampoco temen por la polución que producen los barcos que transportan productos de otros continentes para completar las alimentaciones tan pobres de proteínas que se han puesto de moda. Ignoran la polución atmosférica que producen barcos y aviones para transportar esa enorme cantidad de vestimentas baratas y todos los materiales para sostener y mantener los aparatos electrónicos por los que nos comunicamos. Y, en realidad, estoy convencida de que la mayoría de esas personas no le dan importancia a utilizar un soplador de hojas, cortador de césped, etc. Pero cuando a un alcalde se le ocurre proponer una zona considerada como zona natural para construir nuevas viviendas ante la carencia inminente de estas, también se oponen y se manifiestan. Claro, ellos ya tienen su casita bien asentada y se olvidan de que esa zona donde se construyó su vivienda fue también, anteriormente, una zona natural al igual que todas las zonas agrícolas que han de preparar para sembrar plantas que abastezcan a toda la población vegetariana o vegana y a todos nosotros. Vemos que las ideologías no son tan lógicas como parecen y dependen del punto de vista que se miren. Y, sea como sea, los humanos van a considerar al ser humano, por supuesto a los que tienen otra opinión que ellos mismos, como el culpable de todo para, en gran parte, alimentar el propio ego y encubrir la propia subestimación sintiéndose el salvador o la salvadora de la humanidad.

Después de dos años de pandemia, la población mundial mantenía la esperanza de que el invierno del 2022 al 2023 fuera algo más tranquilo, pero ya al comenzar el nuevo año se había desencadenado una guerra en Europa. Rusia decidió atacar a Ucrania y quiere adherírsela a su enorme territorio. Rusia estaba abasteciendo a todo el territorio europeo de muchos recursos naturales, especialmente de gas que es tan necesario para mantener las viviendas climatizadas en invierno ya que no tenemos piel como los osos, y, sobre todo, para la industria que nos ha servido para adquirir una determinada comodidad de vida humana, además de toda clase de progresos científicos e intelectuales de los que difícilmente podríamos prescindir para seguir subsistiendo como personas. Y precisamente esto ocurre

cuando estaban cerrando las centrales nucleares en algunos países y se había terminado con la industria del carbón mineral ya que estos dos sistemas de energía se consideran como los mayores perjuicios para la naturaleza. También se había comenzado con la energía eólica, fotovoltaica y solar, pero a pasos muy lentos. La desalación del agua apenas se había tocado. Para resumir, de pronto se encuentran Europa y países de otros continentes, no escasos, sino vacíos de energía para poder subsistir a los caprichos del invierno.

De repente, el ser humano tuvo que agachar la cabeza, volver a abrir las centrales nucleares, promocionar la industria del carbón. Claro, que todo hay que contarlo, si no hubiera habido anteriormente tantos intereses políticos y económicos, ya se podría haber llegado a un sistema más natural para producir energía, aunque, también hay que decir que el clima no se cambia solamente por culpa de la actuación humana. Recordemos la erupción del volcán Tambora en Sumbawa-Indonesia en 1815, cuyos efectos oscurecieron el cielo de toda Europa y parte de América originando una hambruna mundial con todas sus consecuencias fatalistas. Y este fue un caso cercano, pues esos cambios climáticos, unos más rápidos, otros más lentos, son parte substancial de nuestro planeta.

Lo que ocurre es que el ser humano gusta de echarse, como digo, la culpa de todo, pero de lo que nos molesta personalmente porque nadie piensa que el que haya tantos satélites volando por nuestra estratosfera, por esos lados que llaman universo, tenga también una influencia en nuestras vidas. Mientras que no tengamos los problemas en nuestro propio territorio, junto a nosotros, no vamos a considerar que son problemas. Por eso, los países más poderosos se abastecen de aquellos en los que los derechos humanos están colocados en el último anillo de la cadena y “ojos que no ven, corazón que no padece”. ¿No es así?

Ahora era otra cuestión, ahora nos tocaba especialmente a los “grandiosos” europeos que habíamos sido hasta ahora los que más habíamos luchado por la ecología. ¡Qué soberbia más enorme! Y qué triunfo el de nuestro planeta, demostrarnos que, por mucho que tratemos de considerarnos los manejadores de la naturaleza limpiándola, arreglándola, regenerándola, transformándola, esta sigue su cauce como le parece adecuado. Y prueba de esto la habían dado ya no solamente las inundaciones y las sequías que se consideran consecuencia de la culpabilidad humana por su descuido ecológico, no, también habían sido los volcanes, entes enigmáticos que se dejan llevar por su capricho para escupir los magmas que se esconden bajo nuestros pies y ante los cuales no somos nadie.

Ahora ya entra el invierno una vez más. Y todos nosotros, incluso, los más ecologistas, además de poner su confianza en que las reanudadas centrales nucleares y las industrias del carbón puedan protegernos del frío, todos y cada uno de nosotros pide al cielo que el invierno sea templado para no morir congelados dentro de nuestras viviendas. Pues, está claro que, si nos proponemos ahorrar en energía, no es por salvar la naturaleza, sino nuestros monederos y, por esa razón, todos estamos a las expectativas de que nuestros gobiernos nos aporten la suficiente ayuda económica para seguir calentando nuestras viviendas con el gas proveniente de donde sea. Esa es la verdad, y estoy segura de que este invierno no se tomará tan en cuenta si las temperaturas han subido en los últimos años ni si se están derritiendo las nieves en donde no crece ni una hierbita y que para lo más que sirven es para adornar el paisaje de blanco porque, de no ser así, ya se habrían fundado por esas zonas pueblos y ciudades. Es cierto que por allí habitan unos cuantos animales a los que no les quedó otro remedio que adaptarse a tales bajas temperaturas ya que nadie les ofreció trasladarse en un avión a tierras tropicales.

El mundo, nuestro planeta, tiene su evolución y, si bien hemos de respetarlo y cuidarlo, por favor, pero no nos radicalicemos ni nos echemos la culpa de todo, ni tampoco desaprovechemos los recursos que nos presenta para nuestra subsistencia porque eso es lo que hacen todos los seres vivos, y, por ejemplo, a los castores les da igual transformar el paisaje de un día para otro cuando necesitan troncos

para hacerse sus nidos y cuevas protegidas de las corrientes. Los mosquitos también nos atacan cuando lo consideran oportuno y sin que nosotros les ataquemos a ellos. Los animales grandes se comen a los pequeños y más débiles y ninguno de ellos piensa en hacerse vegetariano. Y cuando se produzcan epidemias naturales, tampoco habremos sido los primeros en atacar. Como seres insignificantes dentro de este conglomerado natural en donde fuimos colocados con una vida perecedera y, al final de nuestros días, nadie nos va a decir si seremos algo un tiempo más allá o si nos desintegraremos para siempre. Solamente las piedras, esa materia que llamamos inanimada, es lo que perdura en nuestro hábitat, se transforma, se rebela, cambia la faz de la tierra, pero ahí sigue con su fuerza y con su integridad de ser imperecedera.

Y, cuando llegue la primavera, pues seguiremos utilizando sopladores de hojas, cortadores de césped y de podas; los adictos a utilizar coches seguirán utilizándolos y estarán convencidos de que, como ahora se cargarán eléctricamente, están aportando algo a la ecología, como si la electricidad nos cayera gratis del cielo. Igualmente, seguiremos utilizando toda clase de aparatos electrónicos porque el ser humano no cambia su esencia tan fácilmente.

Lo más adecuado, pues, es que pongamos nuestras esperanzas en que se acaben las guerras, las agresividades, las ideas radicales que no piensan sino en luchar contra todo, y que creamos un mundo de paz y de respeto recíproco en nuestro entorno. Si muchos entornos se vuelven pacíficos y respetuosos, no quedará espacio para la maldad ni para el destrozo de la naturaleza. Ese es mi único mensaje de esperanza al finalizarse un año más en el transcurso de nuestro paseo por la vida, ese paseo que, vestido de comodidad durante un tiempo, nos muestra que es abrupto y difícil de atravesar, pero que, con buena voluntad, lo podemos adornar de buenas sensaciones, de paz y de sentimientos amorosos.

(Neumünster, 17-19 de octubre de 2022)